



ERIC VOEGELIN-LEO STRAUSS

**Fe y filosofía.
Correspondencia 1934-1964**

**Edición y traducción de Antonio Lastra y
Bernat Torres Morales, Trotta, Madrid,
2009, 150 pp.
ISBN 978-84-9879-052-8**

Nunca es suficiente el agradecimiento que puede expresarse hacia aquellos que desgastan sus ojos y su tiempo en aclarar los grandes problemas en torno a los que giran nuestras vidas. “Gracias” debería ser, por tanto, la última palabra acerca del texto que aquí se reseña: *Fe y filosofía*. La profundidad de las reflexiones que pueden derivarse de esta pequeña pero intensa frase que da título a esta correspondencia —en la que dos mundos se reúnen—, podría ilustrarse con multitud de ejemplos y por numerosas vías se podría buscar su conocimiento. En esta ocasión, el marco en el que se hará el intento de vislumbrar de qué modo filosofía y fe pueden relacionarse, viene dado por dos nombres que son la primera y la última palabra del texto: Strauss y Voegelin. Las figuras de estos dos importantes filósofos, vistos a través de su correspondencia, tienen en estas páginas el valor de presentar una seria deliberación sobre el llamado problema teológico-político, que en su diálogo epistolar equivale al secular conflicto entre razón y revelación o, por decirlo con palabras de Strauss, entre Atenas y Jerusalén.

Para dos alemanes que se encuentran en Estados Unidos a mediados del pasado siglo, en la confluencia de unas circunstancias realmente tenebrosas, no parece que fuera necesario mucho más

que esta ascendencia en común y una misma diáspora para establecer un contacto fraterno. Si además se añade una misma profesión, cierto talante conservador, una pizca de ambición con ganas de establecer contactos académicamente fecundos y una cortesía intelectual que bien podría llamarse socrática, la correspondencia está en marcha. Como podrá ver el lector, ésta no es demasiado abundante e incluso adolece de lagunas en las que los editores ven mucho más que simples silencios circunstanciales, pero, sin embargo, posee una coherencia temática más que notable. El hilo conductor que une las cartas es — como sugieren los editores en su estudio preliminar— la diferencia y relación entre *pistis* y *noein*, y la importancia que tal distinción tiene en el plano político. Sería un error, no obstante, pensar en una absoluta concordancia de los planteamientos de ambos filósofos, cuando la realidad es que las diferencias, cada vez más acusadas con el paso de los años, terminarán por “truncar” su intercambio postal.

La principal de esas diferencias puede verse, en mi opinión, en la forma en que Voegelin y Strauss se sitúan personalmente ante la citada tensión entre razón y revelación. Para el primero la opción era claramente la defensa de “la superioridad de la antropología cristiana respecto a la helénica” (p. 33). Es decir, ni Jerusalén ni Atenas: Roma. No hace falta más que leer *La nueva ciencia de la política* para darse cuenta de hasta qué punto Voegelin estaba convencido de la necesidad de una veemente vindicación de la tradición cristiana. Esta obra, fruto de las conferencias Walgreen que Voegelin pronunciara en Chicago en 1951, publicada por primera vez en 1952, supuso un espaldarazo decisivo para la fama internacional de su autor como exponente de primera fila del pensamiento conservador. Escrita en un tono erudito, y en muchas ocasiones difícil y oscuro, tuvo desde el primer momento una recepción extrema: o fue aplaudida como una aportación teórica de primer orden, o fue contestada con gran dureza. (Es indispensable la lectura de *¿Una nueva ciencia de la política?*, de Hans Kelsen, para hacerse cargo de cómo se entendió a Voegelin desde la orilla crítica de sus lectores.)

Por otra parte, no es que Strauss fuera un ateo beligerante, ni un judío ortodoxo, ni mucho menos. Su toma de partido fue mucho menos violenta que la de Voegelin. Para él, ni una ni otra opción (ni por Atenas, ni por Jerusalén) podían terminar con la tensión, constitutiva de Occidente, entre ambos términos, y mucho menos la elección de una posible síntesis romana. Pues, en palabras de Strauss, “no tiene ningún sentido ocultar esta contraposición postulando la existencia de un *tertium*. Toda síntesis es, de hecho, optar por Jerusalén o por Atenas” (p. 116). Con la lectura de *Persecución y arte de escribir* —en el que se incluye el ensayo *Jerusalén y Atenas. Varias reflexiones preliminares*—, cualquier lector podrá llegar a esta misma conclusión: un hombre capaz de articular un discurso atento, cuidadoso y crítico respecto a los dos polos de esta difícil ecuación, no es un vocero ni un apóstol de nada. El mismo Strauss le manifiesta a Voegelin su convencimiento de que su distancia debía mucho al mantenimiento, o a su renuncia, de la tensión a la que se hacía referencia más arriba, pues “*philosophari necesse est*, y la filosofía es radicalmente independiente de la fe. La raíz de *nuestro* desacuerdo se encuentra seguramente en la segunda tesis” (p. 108).

La segunda discrepancia sería entre los dos filósofos sería la importancia concedida por uno y otro a la filosofía política clásica como fuente de un pensamiento válido con el que afrontar los problemas del presente. La postura de Strauss afirmará sin ambages esa importancia. “Necesitamos una segunda educación para acostumar nuestros ojos a la noble reserva y la tranquila grandeza de los clásicos” (p. 91). Voegelin, sin



LIBROS



ERIC VOEGELIN-LEO STRAUSS
Fe y filosofía.
Correspondencia 1934-1964

embargo, se mantendrá en la afirmación de que el cristianismo es la llave que permite la universalización de la ciencia política, sacándola fuera de los estrictos límites de la polis griega. Es muy interesante ver, carta a carta, el choque de ambos planteamientos en torno a la obra de Husserl de la cual afirmará Strauss: “No conozco en la literatura de nuestro siglo nada comparable en rigor, profundidad y *amplitud*. Husserl vio con incomparable claridad que la restauración de la filosofía o de la ciencia —pues negaba que lo que hoy se conoce como ciencia lo fuera realmente— *presupone* la restauración del nivel de cuestionamiento platónico-aristotélico” (p. 41). Voegelin, por su parte, en una carta a Alfred Schütz tras la lectura de *La crisis de las ciencias europeas* de Husserl (por recomendación de Strauss), admitirá que tal ensayo “es el trabajo epistemológico más importante de nuestro tiempo” (p. 46). No obstante, se mostrará decepcionado por la ausencia de un trasfondo metafísico tanto en dicho texto como en el conjunto de la obra del fundador de la fenomenología, llegando a tacharle de “ingenuo”.

No quisiera terminar esta invitación a la lectura sin señalar que, a la vez que muestra el atrevimiento de tratar tan complejas e importantes cuestiones como las que se han apuntado hasta aquí, este pequeño libro tiene la virtud de ser una interesante aproximación a las trayectorias de sus dos filósofos protagonistas, cuya influencia en nuestros días no es fácilmente rechazable. Sus páginas ofrecen al lector de lengua castellana una vía extremadamente sugerente de acceso a Leo Strauss y Eric Voegelin, sobre todo porque la lectura de una correspondencia (especialmente cuando uno de los interlocutores es un escritor profundamente deliberado y deliberadamente profundo) brinda la oportunidad de conocer resquicios muy interesantes de la personalidad y del proceso de cristalización de las obras de quienes participan en ella. En el mismo sentido, este libro es una invitación a la lectura de los libros nobles, y nos incita a perseguir los orígenes y el desarrollo de los escritos de Voegelin y Strauss, que, por fortuna, cada vez están más disponibles en nuestro país. Por fortuna y por el trabajo de aquellos que desgastan sus ojos y su tiempo para ayudarnos a tratar los problemas fundamentales que afectan a nuestras vidas.

Una vez más, gracias.

Juan Diego González Sanz